

Narrar experiencias, construir historias: (Re)visitando a Lara

Amalia Susana Creus

Grupo Esbrina. Universidad de Barcelona

Resumen:

Este texto forma parte de mi de tesis doctoral, actualmente en proceso de escritura. En dicho estudio, en el que sigo una perspectiva de investigación narrativa, indago en torno a la relación entre experiencias migratorias y construcciones identitarias. Utilizando la metodología de historias de vida, investigo cómo un grupo de hombres y mujeres que han inmigrado a Europa desde países geopolíticamente periféricos se repositionan social y subjetivamente a partir de sus experiencias migratorias.

(Re)visitando Lara es un escrito que introduce una de las 4 historias de vida que componen la investigación. Con él intento dar cuenta del proceso de negociación, entrada en el campo y escritura en colaboración que llevé a cabo con Lara. Refleja algunas de las inquietudes, dudas e interrogantes que ambas experimentamos, y algunas de las decisiones que fuimos tomando en la construcción compartida de su historia de vida.

(Re)visitando a Lara.

Entre las cuatro personas que participan en esta investigación, Lara fue la primera que conocí y, sin embargo, la última que invité como colaboradora. Lo que podría parecer una contradicción, se puede explicar, en parte, como fruto de una casualidad. Yo y Lara fuimos colegas en los primeros cursos del doctorado en la Universidad de Barcelona, y aunque en su momento mantuvimos una relación muy próxima como colegas, con el tiempo y a medida que terminaron las clases, fuimos poco a poco perdiendo contacto.

Seguimos a partir de entonces trayectorias diferentes. Mientras yo comencé a trabajar en la misma universidad como becaria, Lara siguió su carrera en una empresa privada dedicada al desarrollo de materiales y proyectos educativos. Poco supimos una de la otra hasta seis años más tarde, cuando en el otoño de 2008 el azar nos volvió a juntar en un curso de capacitación pedagógica para futuros profesores de secundaria. Volvíamos así a encontrarnos en el papel de estudiantes, de nuevo en la Facultad de Bellas Artes.

Cabría señalar que estar otra vez juntas en esta situación concreta tuvo para mi un especial sabor a nostalgia. En ese mismo espacio, años atrás, habíamos compartido lo que para ambas fueron momentos de iniciación especialmente significativos: iniciábamos un doctorado y, desde

diferentes perspectivas, una nueva vida en Europa. El sabor a nostalgia suponía en todo caso un viaje en el tiempo. Reencontrarnos con aquéllas que eramos entonces: Yo, recién llegada de Brasil, viviendo en pleno el torbellino de emociones propias de los “primeros días en un lugar nuevo”, y Lara que, iniciando el doctorado – luego me lo contaría - comenzaba a hacer realidad un sueño que ha mucho tiempo alentaba.

En la ocasión de nuestro reencuentro, en el año 2008, yo estaba pleno proceso de trabajo de campo para la tesis, lo que significaba, entre otras cosas, buscar gente interesante e interesada en colaborar con mi investigación. La casualidad del encuentro me resultó por ello toda una oportunidad. Lara, por lo poco que conocía entonces de su trayectoria, atendía de sobras mis expectativas de colaboración. Además de la tranquilidad que suponía trabajar con alguien con quien mantenía muy buena relación, consideraba articulada, inteligente y divertida, ella se ajustaba perfectamente a los requisitos formales que había establecido como marco en la selección de mis colaboradores: Era mujer (lo que me permitía un mejor balance de género, ya que hasta ese momento los demás colaboradores eran hombres) y, en cierto sentido, respondía a la representación social más estereotipada del inmigrante: Era mulata, Latino Americana, y había llegado aquí con una maleta, un visado de turista, e intención de quedarse.

La invité de inmediato a que participara en la investigación, y también de inmediato Lara me respondió que sí. Comenzamos así a asumir un nuevo rol partiendo de la relación que hasta entonces manteníamos como colegas: el de colaboradoras en la construcción de su historia de vida.

Pasos nuevos por un camino transitado: construyendo nuestra relación en la investigación como marco para la escritura de la historia de vida.

Compartir procesos de escritura y reflexión en un trabajo de investigación, no era, en todo caso, algo completamente nuevo para nosotras. Durante el curso de doctorado yo había coincidido con Lara en algunas experiencias piloto de trabajo de campo, cuando ambas participamos en un seminario de formación en investigación narrativa. En esa ocasión, una de las premisas que aprendimos de la mano de autores como Clandinin y Conelly (2000), fue que adoptar una perspectiva narrativa requería del investigador una cierta predisposición a lo imprevisto. Trabajábamos con personas, lo que significaba, como advertían los mismos autores, que nuestras hipótesis y datos eran por naturaleza inestables, tan cambiantes como las condiciones materiales y emocionales que en cada estudio se ponían en juego.

Pero pese a que esta experiencia de formación nos llevaba a tener muy en cuenta la imposibilidad de realizar previsiones o prescripciones sobre cómo se desarrollaría el proceso que ahora estábamos iniciando, conviene también decir que el hecho de transitar por un camino que no era para ninguna de las dos totalmente extraño, nos proporcionó cierta tranquilidad. En otras palabras, sabíamos que dialogaríamos con modos de hacer que conocíamos, con un lenguaje – el de la academia - que de diferentes maneras se conectaba a nuestros recorridos vitales, y si bien no esperábamos por eso un trayecto sin deslices, libre de incomprensiones o discontinuidades, sí confiábamos en que dotaría de especial fluidez nuestro trabajo.

Esa misma fluidez, que me atrevería reconocer como un sentimiento de confianza mutua, se anclaba asimismo en otro elemento significativo: El hecho de que nuestras trayectorias

profesionales y personales fueran, en alguna medida, compartidas. Tanto Lara como yo somos latino-americanas, mujeres, y que en edad comenzábamos entonces a eclipsar el paralelo de los 30. También nuestros intereses y carreras profesionales en muchos aspectos coincidían. Ambas contábamos con una considerable trayectoria laboral en ámbitos extra-académicos (como diseñadoras, trabajando en empresas privadas) y también ambas habíamos decidido iniciar el doctorado después de una breve pero intensa experiencia como docentes universitarias en nuestros países de origen.

Este vínculo de relativa proximidad entre nuestras trayectorias vitales, además de constituir uno de los ingrediente fundamentales de la relación que Lara y yo establecimos como colaboradora e investigadora, conllevó que enmarcáramos el proceso de escritura de su historia de vida en una doble agencia. Por un lado, en la posibilidad de establecer puentes de diálogo a partir del reconocimiento de una herencia compartida; por otro, en poner en evidencia diferencias que, dentro de un contexto cultural e histórico común, resultaban especialmente significativas. Ese movimiento constante entre identificación y extrañamiento, similitud y contraste, que por veces entrecruza y otras aparta nuestras experiencias sociales y familiares, tuvo como resultado un relato en el que se sobreponen varios viajes en paralelo. El viaje de Lara de desde Colombia a Barcelona, pero también su recorrido subjetivo e identitario hacía “la posibilidad de romper con todo y volver a empezar”. Mi propio encuentro con su relato es asimismo otro de los viajes que emergen en el relato. Un viaje hacia a mi propia juventud y adolescencia, un viaje hacia América Latina, de redescubierta, de retorno a algo que a lo largo del el texto se puede identificar en expresiones que denotan un cierto sentido compartido de lo latinoamericano: “en países como los nuestros”, “ahí, de dónde venimos”, “de dónde somos nosotras”.

Fue desde esta posición cercana y a la vez compleja que Lara y yo iniciamos una dinámica de trabajo que tendría como resultado una historia de vida escrita a cuatro manos. En esta experiencia de escritura en colaboración hemos intentado mantener viva una dinámica de abertura, negociación y consenso. Eso significó, por ejemplo, dar a Lara espacio y autonomía para decidir sobre la estructura del relato, modificar cualquier aspecto del texto, seleccionar y construir conjuntamente conmigo las escenas, notas e imágenes que componen su historia. En ese proceso jugó un papel importante el hecho de que Lara conociera muy bien el universo académico. Eso permitió situarnos más allá de lo que en la investigación más tradicional suele nombrarse consentimiento informado, y que normalmente supone una aceptación poco valorada de los criterios que establece el investigador. Lara, sin embargo, diferente de lo que muchas veces ocurre, contaba con conocimientos que le permitían aproximarse con naturalidad y relativa comodidad al proceso de toma de decisiones en la investigación, cuestionando aspectos muy concretos de lo que estábamos haciendo. Por ejemplo, indagando en torno a la transformación del habla a partir de la escritura, sobre cómo se haría público el texto, o sobre los contextos (ámbitos y personas) en los que circularía su historia. En suma, su trayectoria dentro de la universidad le daba herramientas para comprender y situarse ante la producción de discursos, prácticas y políticas que su propia participación en la investigación estaba generando.

Una advertencia se hace con todo necesaria: Esta relación basada en la voluntad de colaboración y trabajo compartido, no debe comprenderse como una dinámica que llegara a anular la posición de poder que, como investigadora, mantuve en el desarrollo del estudio, sobre el texto y sobre los significados que de él generaríamos. Desde muy temprano he tenido claro que, como advierte Les Back (2007) por más “abierto” que se pretenda nuestra posición como investigadores, el trabajo académico se sitúa dentro de un marco conceptual y simbólico que establece jerarquías y posibilidad de agencia muy diferentes entre aquellos que estamos en el papel de investigador, y las personas que nos relatan sus vivencias. Puedo interpretar que en mi

relación con Lara estas posiciones en ningún momento se vieron desdibujadas. Tampoco ha sido esta nuestra intención. Escribir en colaboración no supuso desmarcarnos de roles en los que cada una asumimos niveles distintos de responsabilidad y autoridad en el desarrollo de la investigación.

Por todo ello, la postura de total implicación que Lara asumió durante las diferentes etapas del trabajo, desde la entrevista a la revisión del relato final, fueron un regalo que profundamente agradezco. Principalmente porque fue esta relación de proximidad lo que más me ayudó en la tarea de, como sugiere Bordieu (1999), mantenerme alerta. Alerta no sólo ante el esfuerzo por comprender las experiencias que estábamos compartiendo, pero también frente a las condiciones en que construíamos nuestro dialogo. Una posición crítica y autocrítica que implica, en palabras de Bordieu “vigilancia constante ante en sentido común”, lo que más allá de profesar una suerte de introspección permanente, consiste en prestar atención a los bastidores del trabajo científico en sus dimensiones institucional e intersubjetiva. En la relación de colaboración que mantuve con Lara, he intentado que ese estar alerta se tradujera en el esfuerzo permanente por refutar interpretaciones y modos de escritura simplistas o unilaterales, en las que predominara únicamente mi punto de vista. Con ese propósito, la estructura narrativa por la que hemos optado aspira a la tarea nada sencilla de dar espacio a una forma de representación que haga explicito el carácter complejo, relacional y fragmentario del proceso de producción de su historia de vida.

Entrar a la cocina de la investigación: mezclando experiencias, voces, imágenes y modos de escritura en un relato en forma de collage.

El primer paso en la construcción de la historia de vida de Lara consistió en que ella me narrara su experiencia migratoria. Lo hicimos a partir de una entrevista no estructurada – a modo de conversación – que grabamos y luego yo transcribí. A esta primera entrevista se siguieron una serie de encuentros durante los cuales mantuvimos conversaciones detenidas en torno a temas y cuestiones que emergieron en la transcripción. Un segundo paso consistió así en una lectura comentada de la entrevista transcrita, en que nos dedicamos a ampliar, corroborar o matizar diferentes aspectos de relato, como podían ser fechas, nombres de personas o lugares, circunstancias contextuales, etcétera.

Esta primer lectura comentada, dedicada por una parte a que precisáramos detalles del relato, tenía asimismo otra finalidad: La de ayudarnos a establecer hilos o líneas maestras que nos guiaran en el proceso de reconstrucción narrativa, la escritura de la historia. Nos preparábamos así para entrar en lo que Fernando Hernández un día llamó “la cocina de la investigación”. Era el momento de mezclar los ingredientes, de decidir las proporciones, texturas y sabores que deseábamos o no resaltar en la historia. La entrevista, pero también las conversaciones informales que habíamos compartido, eran nuestros ingredientes básicos. A ellos, otros se sumarían (referentes teóricas, imágenes, documentos). Construir la historia requería transformar esa variedad de datos en un relato estructurado. En otras palabras, la entrada en la cocina de la investigación era el momento de decidir qué es lo que queríamos contar.

En mis experiencias anteriores escribiendo historias de vida, en el marco de algunos de los proyectos desarrollados por el grupo de investigación del que formo parte, solíamos adoptar una estructura narrativa en la que el investigador era quién narraba. Esta opción respondía, bajo mi punto de vista, a un posicionamiento que asumíamos ante la investigación. Entendíamos las historias de vida como el relato de un encuentro, de un tiempo y un espacio con quienes nos brindaban la oportunidad de conversar reflexionando en torno a sus vivencias.

Desde esta perspectiva, nuestro papel como investigadores atendía a una doble función. Por un lado dar cuenta del propio proceso (la investigación como espacio de encuentro con otros, la entrada en el campo, la construcción de nuestra relación con los colaboradores). Por otro “hacer hablar las evidencias” mediante una re-lectura contextualizada y teóricamente fundamentada de las experiencias que nos habían sido narradas. El tejido narrativo que resultaba de esta forma de trabajo se componía entonces como un meta-relato. Nosotros (los investigadores) reconstruíamos la historia, incluyendo, a modo de cita, las voces de las personas entrevistadas y las de otros autores que, desde la teoría, nos ayudaban a ampliar el sentido de las evidencias biográficas recogidas.

Mi primer impulso en el momento al comenzar a escribir la historia de vida de Lara fue adoptar ese método de trabajo. Seguir con el mismo modo de construcción me parecía, por conocida, la alternativa más acertada. Sin embargo, al iniciar el proceso de escritura, mi primera reacción fue de incomodidad. Después de la transcripción y revisión de la entrevista, lo que tenía en mis manos era un relato muy bien armado, detallado y bien organizado, que la propia Lara había hecho cuestión de corregir y reorganizar. Me preguntaba entonces: ¿Por qué volver yo a contar aquello que Lara había dedicado tiempo y reflexión en narrar con sus propias palabras? Tenía en cuenta que como investigadora debería entrar en la historia, ampliar el sentido de las evidencias, someterlas a un proceso de análisis contextual que hiciera posible generar nuevos sentidos. En otras palabras, tenía claro que no podía esperar que los relatos “hablaran por ellos mismos” ¿pero era realmente necesaria que fuera mía la voz articuladora? ¿Qué consecuencias tendría para la investigación dejar que Lara mantuviera su papel de narradora?

Lo consideré como algo más que un tema de escritura. Si los diferentes registros de habla con los que contaba eran mis ingredientes, la combinación que eligiera alteraría el sabor de la historia. Desde ese punto de vista, me pareció una decisión demasiado importante para tomarla yo sola. Si había optado por un posición investigadora basada en la idea de colaboración, entonces era justo que Lara tuviera al menos la oportunidad de opinar sobre cómo hacerlo.

La invite a que pensara conmigo sobre este tema. Le dije que nuestro reto consistía en colocar en relación una variedad de elementos: la voz de Lara (su relato), mi propia voz (la de la investigadora, que organiza, analiza, crea puentes con la teoría, pero también la voz de mi experiencia, que dialoga con la suya) y la voz de los autores (que desde la teoría, el arte o la literatura dan contexto y sustento analítico a la historia). Esta fue, al menos para mí, la tarea más complicada y a la vez que consideré más importante en la escritura de la historia de vida de Lara. La voluntad compartida de dar cuenta de ella, requirió por si sola un laborioso proceso de construcción y desconstrucción, tentativa y error, escritura y rescritura, en el cual nos implicamos desde el deseo de experimentar con estilos narrativos y modos de representación con los que ambas nos sintiéramos cómodas.

Dos faros nos guiaron en ese proceso: en primer lugar, la convicción de que la voz de Lara debería ocupar un espacio privilegiado en la historia. Con esa intención decidimos conservar lo máximo posible la estructura narrativa que había emergido en la entrevista, construyendo la historia al rededor de un relato central en el que Lara tuviera, en términos narrativos, la posición de “quien decide el camino” que sigue la historia.

Esta estrategia discursiva no implica, en todo caso, que el texto refleje una transcripción directa o literal de la entrevista, ni que se encuentre libre de las interferencias, cambios o reelaboraciones propias de cualquier construcción narrativa. En efecto, he tenido muy presente el peligro que entraña este tipo de estructura – un texto escrito en primera persona, aparentemente

lineal - que, como ha señalado Butler (2000), tiende a generar la idea de una “totalidad coherente”, reflejo de una realidad externa desvinculada de las personas que la elaboran y del contexto en que se produce. Evidentemente no ha sido así. La historia de Lara es producto de un encuentro, de decisiones tomadas en unos tiempos y espacios específicos, de una relación que construimos dentro y fuera de la investigación. En suma, es el resultado de un intenso trabajo coordinado de escritura, re-escritura, organización y reorganización, interpretación y creación de sentidos, en el que ambas, desde diferentes posiciones, hemos sido partícipes.

La composición gráfica del relato, tiene por todo lo anterior un papel importante. Más allá de un elemento meramente estético, la decisión de construir el relato a modo de collage se base en dos principales finalidades. Por un lado, el deseo de incorporar a la investigación formas de contar que debido a nuestras trayectorias formativas en el campo de las artes y la comunicación visual, considerábamos ricas, potentes y que personalmente nos apetecía explorar. Por otro lado, utilizar el collage como un recurso visual, nos permitiría dar visibilidad, de manera muy gráfica, a la idea construcción: hacer explícito el carácter fragmentario y discursivo de la historia que estábamos contando, en tanto que resultante de una dinámica de producción, organización y sobreposición de diferentes capas discursivas.

Siguiendo esta idea, compartimos también la tarea de decidir cómo articular los diferentes elementos que se combinan en el collage. Por ejemplo, la elección de que fueran mis interferencias las que se incluyeran como notas del relato de Lara, y no lo contrario. Estas notas, a partir de las cuales mi “voz de investigadora” más explícitamente “entra” en la historia, son básicamente de dos tipos: Las que están escritas desde una perspectiva más personal que, siguiendo a la noción de resonancia propuesta por Carola Conle (1996), emergen como ecos de lo que narra Lara. Son textos breves, casi siempre en tono interrogativo, escritos desde una una posición que, sin ser estrictamente lógica, me permiten abrir vías alternativas de reflexión, creando nuevos relatos a partir del suyo. Estos ecos o resonancias, aparecen cuando algo su historia me sorprende, cuando algo de lo que cuenta Lara, desde el extrañamiento o la empatía, toca fibras de mi propia historia.

Un segundo tipo de notas tiene la función de dar entrada a textos de otros autores que dialogan con el relato de Lara. Funcionan en general como un instrumento para la interpretación contextual de las evidencias biográficas, como mirada que amplía y analiza algunas de las situaciones, discursos o prácticas que describe o evoca su relato.

Finalmente, diferentes elementos visuales completan el collage. Cada una de las imágenes que aparecen han sido seleccionadas, en algunos casos por mi y en otros por Lara, bajo la premisa de crear un diálogo con el texto escrito. Este diálogo ocurre desde posiciones que varían sin jerarquía entre lo descriptivo, lo evocativo o lo metafórico, creando relaciones entre lo visual y la escritura que son a veces explícitas y a veces, por personales, difíciles de interpretar por un lector que no conoce más allá de lo que se cuenta en el relato. Aún así, no nos hemos preocupado en explicarlas. Nos apoyamos aquí en la mirada de autores que, como Anina Suominen (2003) comprenden las imágenes y la visualidad como una forma de conocimiento que tiene valor en sí mismo, y que por eso no necesita ni puede ser traducida mediante otros lenguajes. Confiamos en todo caso en la capacidad que tiene cada imagen de evocar lecturas, interpretaciones y sentires que darán texturas diversas a la historia de Lara. En consonancia con esta idea, los elementos contextuales, descripciones o marcos analíticos que enmarcan lo visual tienen la función de servir de guía, proponer relaciones, enriquecer o facilitar la comprensión de lo que se cuenta. Pero el camino que seguirá el relato, lo sentidos que cobrarán tanto el texto como las imágenes en cada acto de lectura, es algo que no podemos controlar ni predecir. Cabe entonces al lector la última

palabra: construir su lugar de escucha y completar la historia.

Los hilos de la historia

¿En qué momento se inicia una experiencia migratoria? ¿Existe un punto exacto en el tiempo en el que todo comienza? En ese caso ¿cuándo es? ¿Es cuando hacemos las maletas? ¿o cuando nos despedimos los nuestros? ¿Es en el aeropuerto? ¿En el despegue del avión? O comienza quizás en el papeleo para conseguir el visado, comprar los billetes, planear los detalles del viaje... ¿Cómo comienza una historia como ésta? ¿Cuándo comenzamos a migrar?

La pauta temática que guió nuestras entrevistas y conversaciones, sirviendo por lo tanto de horizonte para la construcción de esta historia de vida, tuvo como punto de partida una consigna muy concreta: La invitación a que Lara narrara sus experiencias más significativas como inmigrante en Europa. Tal proposición, con la cual yo buscaba componer un marco flexible pero aun así limitado de los temas y problemáticas que eran relevantes para la investigación, implicó a la vez una cuestión epistemológica importante. Preguntar sobre experiencias migratorias suponía invariablemente posicionar a mis colaboradores dentro del universo discursivo que estaba manejando en la investigación. En otras palabras, suponía la aceptación, en primer instancia, de un lugar desde el que construiríamos el relato, o más precisamente en el que, en el mismo acto de aceptar la invitación, se coloca el protagonista. Era, en otras palabras, una pregunta que posicionaba, con la que de cierto modo establecíamos un pacto: hablemos “como inmigrantes”¹.

Organizar una historia teniendo como principal marco temático una experiencia concreta – en este caso un viaje migratorio – constituye asimismo un elemento organizador de la trama del relato. Implicaba, entre otras cosas, dar un sentido concreto a cómo se articula el tiempo narrativo y a los espacios que adquieren (o no) protagonismo en la historia. Obedeciendo a esta lógica, el relato que me hizo Lara durante nuestra entrevista tuvo como punto de partida una pregunta abierta, pero enfocada. Es decir, una pregunta que buscaba ofrecer una relativa libertad argumentativa y organizativa a los narradores (qué me contaban y cómo lo hacían), pero que aún así delimitaba un foco de interés preciso. En el caso de Lara, el foco era su experiencia de tránsito desde Medellín a Barcelona, de América Latina a Europa, y todos aquellos aspectos (fueran materiales o simbólicos) que de alguna manera ella conectaba a este viaje, emprendido hacia entonces más de diez años.

Puede por eso resultar sorprendente que el relato de Lara no comience con la historia de este viaje. Comienza antes, mucho antes, cuando la posibilidad de partir de Colombia era solo una imagen borrosa, un proyecto esperando, casi utópico, en sus propias palabras, un deseo. Este

1 La manera con que cada uno de las personas que he entrevistado fue asumiendo esta posición en diferentes momentos de la investigación – construyendo representaciones e interpretaciones con las que reforzaban o ponían en cuestión prácticas y discursos que yo colocaba en juego durante nuestras entrevistas - constituyó un elemento central de todas las historias de vida. Por ejemplo, un aspecto destacado del relato de Lara, es cómo ella “juega” entre dos representaciones que, desde un determinado imaginario social, la posicionaban de manera muy distinta: La de “mujer, mulata, perteneciente a un estrato bajo” y la de “profesional bien sucedida, profesora universitaria, directora de empresa y cabeza de familia”. La tensión entre estos dos mundos discursivos son un aspecto que atraviesan toda su historia de vida. Emerge en su relato en forma de reflexiones críticas y por veces irónicas con las que Lara narra cómo estos discursos, en diferentes momentos de su trayectoria vital, van adquiriendo la forma de prejuicios. Prejuicios que han estado presentes en su vida cotidiana y que, según sus propias palabras, “sólo puede entender quien lo ha sufrido”.

deseo - el deseo de “romper con todo y volver a empezar” - en la reconstrucción narrativa que hace Lara de su experiencia migratoria, es la vez llegada y punto de partida. En torno a él se articula su historia, en un relato que lejos de avanzar en línea recta, crece como una hidra que se bifurca en ramas. La infancia, las mujeres de la casa, su padre, la universidad, el trabajo (los trabajos), la familia, Medellín y sus barrios, Barcelona, son algunas de las ramas de la hidra, del relato. Ramas que parecen por momentos seguir un camino propio, pero que se conectan al tronco, al comienzo de todo - el deseo - la semilla.

Ordenar estos recuerdos en forma de historia es un trabajo laborioso. Como advierte Eclea Bosi (1994) recordar no es revivir, pero rehacer, reconstruir, repensar con imágenes e ideas de hoy las experiencias del pasado. En este movimiento creativo, lo que somos, o mejor aún, el sentido de quien somos, también se coloca en juego. Contando(nos) historias, hablamos de experiencias personales que nos constituyen, pero también hablamos de cómo éstas mismas experiencias están mediadas en el interior de prácticas sociales más o menos institucionalizadas. Ni el recordar ni el narrar son en estos términos un trabajo solitario. Como advierte Brah (2004) nuestras experiencias no ocurren en un vacío o en los confines de lo personal, sino que se conectan a lo social, a matrices ideológicas, prácticas y campos de significación con los que dialogamos para construirnos como sujetos.

Vistos de este modo, relatos biográficos como el que comparte Lara al narrar su experiencia migratoria, pueden comprenderse como un punto de vista sobre una historia colectiva. Nuestros tránsitos nos hacen alterar ese punto de vista. Pertenecer a nuevos grupos, nuevos contextos, implica resituar cómo percibimos nuestra historia personal, mirando hacia atrás bajo representaciones y sentidos del presente. Por eso, toda reconstrucción biográfica supone entretejer varios planos en paralelo: la experiencia vivida y la experiencia reconstruida por aquel que la vivió, semejanza y diferencia entre el antes y el ahora, entre la percepción y el recuerdo. En ese espacio temporal múltiple en el que se despliegan los acontecimientos, dónde la experiencia se reviste de sentido, pasado presente y futuro se sobreponen creando un tiempo nuevo, el tiempo del relato.

Sin embargo, cuando relatamos una vida (o experiencias que la han conformado) tendemos a estructurar, a sintetizar, a dar linealidad a acontecimientos que en realidad no la tienen. Yo pensé, yo hice, yo sentí, eso ocurrió así, son palabras que utilizamos para tejer hechos, acontecimientos y sentires formando una historia. Es lo que Paul Ricoeur (1996) denomina concordancia discordante: el relato avanza, se desarrolla y convierte hechos discordantes en concordantes². Quizá por ello, una de las primeras preocupaciones que Lara me manifestó al leer la transcripción de su entrevista, fue justamente la falta de una trama que diera unidad al relato. Le pareció un texto demasiado confuso, en el que hacía falta “ordenar” y “explicar mejor” cosas que, bajo su punto de vista, habían quedado poco claras. En otras palabras, consideró que su manera de contar era desordenada, que le faltaba linealidad, y que si bien sabía que eso era algo natural en un registro de habla, consideraba que sería importante corregirlo en un texto escrito. Sugirió entonces que deberíamos reorganizarlo dando más coherencia a la narrativa, permitiendo que un supuesto lector – ni yo ni ella me dijo, pero alguien que no conoce la historia – la comprendiera.

La articulación de una trama coherente, suponía con todo otras cuestiones problemáticas. Por ejemplo, la de crear la ilusión de un relato acabado, cerrado en si mismo, que siendo así no

2 Recojo el concepto del trabajo de Veronica Larrain (2010). Una buena revisión de autores que trabajan cruces entre narrativa, temporalidad e identidad - con especial atención al trabajo de Paul Ricoeur - se encuentra en su tesis doctoral “El buen nombre. Una investigación narrativa en torno a las experiencias de subjetivación en la relación investigadora”.

reflejaría ni el discurso ni la propia experiencia vivida por Lara. Ese carácter armado propio de un relato que cuenta una historia – articulado como una narrativa completa por cuanto posee un argumento, un desarrollo, un final y una postura moral (Larrain, 2010) - resulta especialmente problemático cuando se quiere dar cuenta de una narrativa que, como en el caso de Lara, se va desplegando en función de cambios, sean temporales o geográficos, que se sobreponen. Así, la infancia en casa de sus padres, el ser estudiante universitaria, la decisión de emigrar, el viaje, la llegada sola a un lugar que no conocía, son dimensiones de su relato que si bien siguen una estructura temporal cronológica clásica (comienza con recuerdos de la infancia, luego entra en la adolescencia, la juventud, la vida adulta...) también presenta fracturas; idas y venidas, brechas, discontinuidades, fisuras que hacen el tiempo del relato diferente del tiempo de la vida.

Por todo ello la historia de Lara no es fácil de contar, y por eso también es tan interesante. Porque implica transitar sin orden de continuidad por espacios y tiempos que se complementan, pero que a la vez tienen cada uno su propia arquitectura. En el proceso de reconstrucción narrativa que supuso la transformación de las evidencias biográfico en una historia de vida, hemos tenido que lidiar con esa tensión constante entre coherencia y fragmentación. Por un lado, el relato sigue una estructura organizada en torno a tránsitos geográficos (lugar de partida, lugar de llegada) y su desarrollo en el tiempo (momentos clave, etapas que comienzan o concluyen). Pero en él también conviven lado a lado tiempos disonantes. Polivocalidad, diálogos reconstruidos, escenas e imágenes que dialogan con el relato central, son algunos de los recursos narrativos y gráficos que hemos elegido para intentar dar cuenta de esta complejidad.

Siguiendo esta lógica, la historia de vida de Lara está organizada en cuatro momentos clave. *“Preludio”*, como indica el título, introduce el relato principal. Es un escrito breve pero intenso, en el que se mezclan voces y tiempos diversos para dar entrada, desde una escritura experimental y poética, a la genealogía de algunos ejes que se mantendrán vivos a lo largo de la historia: la posición de género, el papel de la familia, la aventura del conocimiento. *“Por qué y cómo”* narra y contextualiza la decisión de emigrar, haciendo referencia a algunas de las experiencias, personas y acontecimientos que impulsaron, fortalecieron o incluso pusieron en duda esta decisión. *“Llegué un lunes”* reconstruye la llegada a Barcelona, el proceso de iniciar una nueva etapa de vida, los primeros días en un lugar distinto, el primer trabajo, así como algunos de los cambios subjetivos y sociales más importantes que todo ello supuso. *“Ahora sí (recomenzar)”* se inicia en el momento en que Lara consigue el permiso de residencia, y con él la libertad de elegir su propio camino. Es un tiempo de redescubierta y fortalecimiento personal que, en el relato, se desarrolla hasta el presente. El último apartado, *“Darle cuenta”* es el más extenso y también el más reflexivo de los cuatro. En el que Lara revisa su propia historia desde una mirada crítica y atenta a los procesos de cambio que ha vivido a lo largo de su experiencia migratoria, y a cómo los resignifica en el presente.

Así, pese a un cierto orden temporal encadenado que claramente se vislumbra en la estructura de la historia, dentro de ella también hay hilos conductores que se bifurcan, se sobreponen, llevan a caminos sin salida. Eligiendo una estructura de collage – formada por fragmentos narrativos, textos, escenas, imágenes y citas - hemos intentado hacer algo más explícitas estas contradicciones. Nos gustaría por ello que la trama de la historia se comprendiera como un tejido en el que cruzan y sobreponen varias capas e hilos. Seguirlos es clave para ir más allá de la superficie del relato.

Referencias:

- Back, Les (2007) *The art of listening*. Oxford: Berg.
- Bordieu, P. (1999) Comprender. En: P. Bordieu (dir), *La miseria del mundo*. (pp.527-543). Madrid: Akal.
- Bosi, E. (1994) *Memoria e Sociedade. Lembranças de velhos*. Sao Paulo: Companhia das Letras.
- Brah, A. (2004) Diferencia, diversidad, diferenciación. En: bell hooks et al. *Otras Inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. (pp. 107-136) Madrid: Traficantes de Sueños.
- Butler, J (2007) *El genero en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Clandinin, D.J.; Connelly, F.M. (2000) *Narrative Inquiry. Experience and story in qualitative research*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Conle, C. (1996) Resonance in preservice teacher inquire. *American Educational Research Journal*, 33 (2), 297-325.
- Hernández, F. (2010) Texto de la conferencia "Las voces en la investigación narrativa. De las experiencias individuales a la construcción de conocimiento". Presentada en la V Jornadas Universitarias: La investigación como proceso de formación. Universitat de Vic, 29 de abril de 2010.
- Ricoeur, P. (1996) *Si mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI
- Suominen, A. (2003) Tesis doctoral: *Writing with photographs, re-constructing self: An art-based autoethnographic inquiry*. The Ohio State University.